Aladino

$2.

EL MATADOR DE GIGANTES

addward

Conversación con los lectores

Queridos amiguitos:

El Director de ALADINO, que firma estas líneas, cumple hoy una de sus más sentidas aspiraciones: ser amigo de todos los niños de ambos sexos, de todas las clases sociales y de todas las nacionalidades y razas. Esto lo ha logrado al dirigir esta revista que les entrega, deseando que la tomen como algo propio, como algo que les trae una nueva unión infantil y juvenil, que más adelante abarcará otros aspectos de intimidad y amistad, hasta llegar a formar la gran familia de ALADINO.

Inteligentes y entusiastas colaboradores, como Adduard, Caro Jiménez, Melitón, E. Ditane, Tony, Lugoze, Christie, Suárez y otros, han dado vida a simpáticos personajes, entre los cuales destacamos a Mapuchín, Macuquito, El Super-Cóndor, Tony y Luna, quienes estarán semana a semana con ustedes, trayéndoles alegría, emoción y sano entretenimiento.

Queda, pues, esta revista a disposición de ustedes, porque es vuestra, abierta a todas las sugestiones que deseen hacernos.

EL DIRECTOR

AÑO I ALADINO - N.° 1
LA REVISTA MARAVILLOSA DE LOS NIÑOS
APARECE LOS VIERNES

Editores:
Carlos De Vidts Ltda.
Huérfanos 611 - Cas. 9795
Teléfono 32065
Santiago de Chile

Director:
Clemente Andrade M.

Precio del ejemplar
$ 2.—

SUSCRIPCIONES

Anual (52 ediciones) . . . $ 70.— Semestral (26 ediciones) . . $ 40.—
TODA REMESA DEBE HACERSE A LA ORDEN DE LOS EDITORES

¿Quién inventó el FARO?

EL faro es un invento antiquísimo. Los historiadores coinciden en la fecha y el lugar en que se construyó el primer faro pero no asi en el nombre del inventor. Hay quien afirma que fué Tolomeo II, y otros aseguran que el invento es anterior a este gobernante egipcio. Trataríase, según estos últimos, de uno de los miembros de la dinastía de los Lagidas.

De lo que no cabe duda es de que a Tolomeo II pertenece la gloria de haber construído el primer faro.

Este faro se hallaba emplazado en la isla de Faros, en la embocadura del puerto de Alejandría. Fué mandado edificar por el mismo gran gobernante, doscientos cincuenta años, aproximadamente, antes de Jesucristo.

La torre medía ciento treinta y seis metros de altura, y fué considerada como uno de los monumentos más grandiosos de la civilización antigua. En el siglo XIV fué arrastrada por el mar.

Su luz consistía en una hoguera de madera.

El famoso faro Eddystone, en el año 1759, se encendía con diez libras de bujías, y un reloj provisto de una campana anunciaba cada media hora al torrero del faro que había que velar por ellas.

En 1763, lámparas de aceite con reflectores eran empleadas para la iluminación del canal Mersey, y después de la invención del alumbrador Argand, veinte años más tarde, el petróleo fué el alumbrado típico.

El petróleo fué introducido en 1872, y las mechas concéntricas del alumbrador Argand dieron lugar a la mecha incandescente, que se utilizó para suministrar la luz a la mayoría de los faros del mundo.

EL MATADOR DE GIGANTES

Ilustraciones de ADDUARD

En el lejano tiempo en que existían hechiceros, ogros y brujas, vivía en un pequeño y lindo país un campesino muy honrado que sólo tenía un hijo llamado Juanillo.

Juanillo era simpático, decidido y valiente, y por esto sus compañeros de juegos siempre le elegían como jefe. Además, nadie podía competir con él en la lucha, y cuando le salía algún adversario más fuerte, Juanillo, mediante su habilidad y su inteligencia, siempre conquistaba la victoria.

En aquellos tiempos vivía en un monte cercano un enorme gigante que media tanto, que era imposible calcular su altura, y era tan fiero su aspecto como la caverna que habitaba.

Cuando el gigante bajaba hacia el pueblo en busca de algo que robar, la gente abandonaba aterrorizada sus casas, y cuando el gigante había saciado su apetito comiéndose el ganado, se volvía con media docena de bueyes cargados a sus espaldas y otros tantos corderos, caballos o cerdos. Hacía muchos años que el malvado asolaba la comarca con sus repetidos robos, cuando Juanillo, valiente y audaz como siempre, decidió darle muerte.

En una de esas largas noches de invierno, Juanillo tomó un cuerno que servía de corneta, una pala, una picota y una linterna y subió a la montana. Sin perder un momento se puso a trabajar y antes del amanecer había cavado un enorme hoyo dos veces más grande que el gigante, tanto en el largo como en el ancho. En seguida lo tapó con troncos y ramas y, encima echó tierra para disimularlo. Luego se llevó el cuerno a la boca y tocó con toda la fuerza de sus pulmones, hasta que el gigante despertó y salió corriendo hacia donde estaba Juanillo, gritando con voz de trueno:

—¡Insolente muchacho! Me las pagarás por haberme despertado. Te asaré y me servirás de desayuno.

Apenas dijo estas palabras, cayó en la trampa con todo su peso y su caída sacudió la montaña.

—¡Hola, gigante! —dijo Juanillo—. ¿Dónde te has metido? ¿Tan pronto has encontrado el camino para servirte un delicioso desayuno?

El gigante trató de levantarse, pero Juanillo le dió un golpe en la cabeza con la picota, que liquidó al monstruo.

El muchachito se apresuró a volver al pueblo para celebrar

con sus amigos la muerte del gigante. Cuando los jueces del pueblo supieron tan valiente hazaña, mandaron a buscar a Juanillo y le llamaron "Juanillo, el matador de gigantes", y le regalaron una espada de oro, con su nombre grabado en la empuñadura.

La noticia de la victoria obtenida por Juanillo no tardó en ser conocida por todo el país, y otro gigante, llamado Tragatodo, juró vengarse del muchacho, si tenía la suerte de encontrárselo algún día. Este gigante habitaba un castillo en medio de un bosque desierto.

Cuatro meses más tarde dió la casualidad de que Juanillo atravesase aquel bosque, y como estaba muy cansado, se sentó en un tronco y se quedó profundamente dormido. Entonces fué visto por el gigante, quien, al reconocerlo, lo levantó con suavidad, y cargándoselo a la espalda lo llevó a su castillo. Pero al pasar por la espesura del bosque, el roce de las ramas despertó a Juanillo, con el consiguiente susto, al saberse en las garras de Tragatodo. Al llegar al castillo, el gigante dejó encerrado al muchacho, mientras iba a buscar a otro gigante, para invitarlo a comer con él.

Mientras Tragatodo se alejaba, Juanillo oyó doloridas voces que salían de todas partes del castillo, diciendo estos versos:

Huye sin tardanza, caballero andante;
no quieras ser presa del fiero gigante,
porque cuando vuelva traerá un compañero
más grande que él mismo, más feo y más fiero

Juanillo miró por la ventana y vió a los dos gigantes que venían tomados del brazo. La ventana estaba encima de la puerta del castillo.

—¡Ahora —se dijo Juanillo— sólo me espera la muerte o la libertad!

En aquella habitación había dos cordeles gruesos. Juanillo hizo un nudo corredizo al extremo de los dos, y cuando los gigantes se acercaban a la puerta les tiró el lazo al cuello y casi los estranguló. Sacó al momento su espada de oro y con ella los mató. Entonces sacó las llaves del bolsillo de Tragatodo y registró las habitaciones del castillo donde halló a tres damas atadas por los cabellos y medio muertas de hambre.

—Hermosas damas —dijo Juanillo— acabo de matar al gigante y a su malvado hermano y tengo el honor de ofrecerles la libertad.

Les entregó las llaves del castillo, se despidió y continuó su viaje. Caminaba tan aprisa como podía, y ya iba muy lejos cuando se extravió, y por la noche se encontró en un valle solitario entre dos altas montañas. Por fin vió una casa grande. Se acercó y golpeó ruidosamente. Con gran sorpresa de su parte, salió a abrirle un monstruoso gigante que tenía dos cabezas pero que se mostraba sumamente atento y amable. Cuando Juanillo le dijo que era un viajero extraviado, el monstruo le dió la bienvenida y lo llevó a una pieza donde había una blanda cama que le ofreció para pasar la noche. Pero, cuando el muchachito se acostó, pudo oír que el gigante cantaba en el cuarto vecino:

Conmigo esta noche aquí podrás dormir
pero nunca más el sol verás salir;
de un mazazo en la cabeza has de morir.

—¡Ah! ¿Esas tenemos? —comentó para sí Juanillo—. Bueno, bueno; veremos quién es más listo.

Y saltando de la cama acertó a encontrar un gran trozo de leña, que colocó entre las sábanas, en el lugar que él antes ocupaba, y se escondió en un rincón del aposento. A media noche entró el gigante con su maza y descargó fuertes golpes en la cama,

precisamente donde Juanillo había puesto el tronco, hasta que creyó haberle roto al muchacho todos los huesos. Al día siguiente muy temprano, Juanillo se presentó al gigante para darle las gracias por su hospitalidad.

—¿Cómo has dormido? —preguntó con cierta extrañeza el gigante—. ¿Nada te ha molestado durante la noche?

—Nada —contestó Juanillo—, nada más que una rata, según creo, que me dió tres o cuatro golpes con la cola.

El gigante se quedó muy admirado, pero no dijo una palabra y fué a buscar enormes presas de animales para el desayuno.

Juanillo pensó, entonces, que era necesario hacer creer al gigante que era capaz de comer tanto como él. Así, pues, se las arregló para introducirse un capacho de cuero bajo su chaqueta y, haciéndose el que comía, echaba las presas al capacho. Luego anunció al gigante que le iba a enseñar un juego. Tomó un cuchillo, se lo clavó en el capacho de cuero como si se lo clavara en el estómago, y todas las presas rodaron por el suelo.

—¡Vaya un juego lindo y desconocido para mí! —exclamó el gigante—. ¡Me dejo cortar una de mis cabezas si no lo sé hacer yo también!

Diciendo esto, tomó el cuchillo, se lo clavó en el estómago y cayó muerto.

Habiéndose librado así del gigante de dos cabezas, Juanillo siguió su viaje y pocos días después encontró en el camino al hijo único del rey que, con permiso de su padre, se dirigía a una comarca vecina con el propósito de librar a una hermosa dama del encantamiento que sufría bajo el poder de un malvado hechicero.

Al enterarse Juanillo de que el joven príncipe no llevaba criados, le pidió permiso para servirle, a lo que accedió de mil amores el príncipe, agradeciéndole mucho la fineza.

El hijo del rey era un apuesto caballero, tan valiente como cortés y de tan buen corazón que socorría a todos los pobres que encontraba. Por fin, dió su última moneda a una anciana y entonces, viendo que el sol declinaba, dijo:

—Puesto que no nos queda dinero ¿dónde nos alojaremos?

—Señor —contestó Juanillo—, no hay por qué desanimarse. A unos dos kilómetros de aquí vive un tío mío. Es un monstruoso gigante de tres cabezas. Es capaz de batirse con quinientos hombres armados y los hace huir como a conejos.

—¡Dios mío! —exclamó el hijo del rey—. Más nos valdría no haber nacido que encontrarnos con semejante monstruo.

—Señor, deje en mis manos este asunto, pero espéreme aquí hasta que vuelva.

Entonces Juanillo se alejó a toda prisa y al llegar a las puertas del castillo, dió un golpe muy fuerte.

—¿Quién llama? —gruñó el gigante con voz que parecia un cañonazo.

Juanillo contestó diciendo:

—Nadie más que tu pobre sobrino Juanillo.

—¿Qué noticias me trae mi pobre sobrino?

—Querido tío, malas noticias.

—¡Demonios! —exclamó el gigante—. ¿Qué malas noticias puedes traerme? Soy un gigante con tres cabezas y puedo derrotar a quinientos hombres armados y hacerlos huir como polvo ante el viento.

—Es que sé que viene el hijo del rey con mil hombres a matarte y a quitarte todo lo que tienes.

—¡Ah, sobrino Juanillo! ¡Verdaderamente es mala la noticia que me traes! pero, mira; tengo una bodega muy grande bajo tierra donde me encerrarás con llave, dejando la puerta bien segura y tú guardarás las llaves hasta que se haya marchado el príncipe.

Apenas Juanillo hubo encerrado al gigante, corrió a buscar al príncipe y se dieron la gran vida en el castillo, mientras el gigante temblaba de miedo en la bodega subterránea.

Al día siguiente, muy temprano Juanillo cargó al hijo del rey de oro y plata sacados del tesoro del gigante y lo acompañó a una buena distancia, lo suficiente para que no pudiera alcanzarlo su tío. De regreso al castillo, sacó al gigante de su encierro y éste, agradecido, le pregruntó qué quería en pago por el favor que le habia hecho.

—Querido tío —respondió el muchachito— no quiero otra cosa que la vieja casaca y la gorra con la antigua espada enmohecida y las zapatillas que cuelgan a la cabecera de tu cama.

—Todo esto será tuyo, si lo deseas —dijo el gigante—; pero por favor te pido que lo guardes bien, pues son cosas de gran utilidad. La casaca te hará invisible, la gorra te dará sabiduría, la espada lo cortará todo y las zapatillas te darán extraordinaria ligereza. Como sé el provecho que puedes sacar de esas prendas, te las ofrezco de todo corazón.

Juanillo se despidió del gigante, dándole las gracias por todo y alcanzando al príncipe reanudaron la marcha y no tardaron en llegar a la morada de la dama que sufría un encantamiento bajo las malas artes de un malvado hechicero. La dama recibió al príncipe con toda cortesía y preparó una fiesta en su honor. Después del banquete se levantó de la mesa y dijo:

—Señor mío, deberás someterte a las costumbres de mi palacio. Mañana por la mañana me dirás a quien he entregado este pañuelo; si no lo adivinas, perderás la cabeza.

Y dicho esto desapareció. El joven príncipe se acostó aquella noche muy triste y preocupado, pero Juanillo se puso la gorra de la sabiduría y en seguida supo que la dama se veía obligada por la fuerza del encantamiento a reunirse cada noche con el malvado hechicero en medio del bosque. Juanillo se puso la casaca invisible y las zapatillas de la velocidad y llegó al bosque antes que ella. Cuando la dama se reunió con el hechicero, le entregó el pañuelo. Juanillo con la espada que todo lo cortaba, cortó la cabeza del malvado y al instante cesó el encantamiento, volviendo la dama a su primitivo estado de hermosura y de bondad. Al día siguiente se casó con el príncipe y poco después volvían a la corte del rey, donde se les recibió con muestras de gran regocijo, y a Juanillo por sus grandes hazañas se le confirió el título de caballero del reino.

Animado por el éxito, Juanillo resolvió no dormirse sobre los laureles, sino hacer cuanto estuviera de su parte en beneficio

de su rey y de sus dominios. Por tanto, pidió a su majestad un caballo y dinero con qué salir en busca de aventuras.

—Porque —dijo— aun viven muchos gigantes en los más apartados parajes del país, que siembran el terror entre la gente; por lo tanto, si vuestra majestad se digna favorecerme en mis deseos, pronto quedará limpio el reino de estos gigantes y monstruos.

Al oír el rey esta proposición, ofreció a Juanillo todo lo que necesitaba para su expedición, y tomando el muchachito la casaca invisible, las zapatillas veloces, la espada que todo lo cortaba y la gorra de la sabiduría, que eran las mejores armas para llevar a cabo con éxito cuantas

aventuras se le presentasen en el camino, emprendió el viaje Atravesó cerros, valles y montañas. y al tercer día llegó a un bosque muy extenso. Apenas entró en él oyó espantosos gritos, y acelerando su marcha entre los árboles, no tardó en ver a un monstruoso gigante que arrastraba. tomados de los cabellos, a un apuesto caba lero y a una hermosa joven que con sus gritos y lamentos partía el corazón de quien la oyera.

Juanil.o bajó de su caballo que ató a un roble y se puso la casaca invisible, bajo la cual llevaba la espada que todo lo cortaba. Cuando estuvo cerca del gigante, le asestó varios mandobles y al fin. empuñando la espada con las dos manos y descargándola con todas sus fuerzas, cortó las dos piernas al gigante. haciendo temblar la tierra con la caída del monstruo.

El noble caballero y la hermosa dama no sólo dieron gracias a Juanillo con toda su alma, como a su salvador, sino que lo invitaron a su castillo para que se llevase una buena recompensa.

—No —dijo Juanil.o—, no descansaré mientras no encuentre la guarida del gigante.

Al oír el caballero esta valerosa afirmación. replicó:

—Noble extranjero: es demasiado ir en busca de una segunda aventura mucho más peligrosa que la primera. Ese gigante vivía en una caverna de la montaña con su hermano mucho más feroz, y si fueses allí morirías en la empresa, y ni yo ni mi joven esposa podríamos consolarnos de perder a nuestro salvador. Así, pues, escucha nuestros ruegos y ven con nosotros.

—De ninguna manera —respondió Juanillo,— tanto si hay otro gigante como si hay veinte. ninguno escapará a mi justo furor; pero cuando haya terminado esta empresa iré a presentarles mis respetos.

Aun no había recorrido Juanillo mucha distancia, cuando vió la entrada de la caverna, y cerca de ella. sentado sobre un montón de troncos y con una enorme maza con clavos de hierro apoyada en sus piernas, al otro gigante que esperaba a su hermano. Sus ojos parecían despedir llamas, su cara era feroz; las cerdas de su barba parecían alambres y su cabellera despeinada le caía por los anchos hombros como manojos de culebras retorcidas. Juanillo se bajó del caba lo y lo llevó detrás de una roca luego se puso la casaca invisible, y acercándose un poco más, dijo en voz baja:

—¿Conque aún estás ahí? Espera un poco, gigantón. ¡No tardaré en arrastrarte por la barba!

El gigante no podía verlo, a causa de la casaca invisible y Juanillo pudo acercarse hasta descargarle un golpe en la cabeza con su espada mágica, pero perdió el equilibrio y sólo le cortó la nariz.

El gigante comenzó a dar espantosos alaridos y a dar golpes a diestra y siniestra con su maza erizada de clavos.

Pero Juanillo maniobró tan ágilmente que, en un momento que el gigante se agachaba a dar un golpe, le clavó la espada en el corazón dándole muerte instantáneamente. Entonces Juanillo entró en la caverna en busca de prisioneros a quienes libertar. Después de dar muchas vueltas por aquella cueva que era un verdadero laberinto, llegó ante una sala de piedra que estaba cerrada por una puerta de barrotes de fierro, a través de los cuales vió a numerosos cautivos que expresaron su desgracia, lamentando la de Juanillo apenas lo vieron.

—¡Muchachito infortunado! —exclamaron.— ¿Cómo has venido a aumentar nuestro número a esta horrorosa caverna?

—¡Desdichados! —les contestó Juanillo—. Más vale que sean ustedes quienes me expliquen por qué están aquí.

—¡Ah! —dijo una infeliz anciana—, vas a saberlo en seguida. Hemos caído en poder de los gigantes que habitan esta caverna y no tienen encerrados aquí hasta que decidan darse un festín. No hace mucho que dieron muerte a tres para lo mismo.

—¡Ya no lo harán más! —contestó Juanillo. Y sin otro comentario abrió la puerta de hierro y los puso en libertad. Entonces buscaron el tesoro de los gigantes y Juanillo lo repartió entre todos los cautivos. Al día siguiente, cada uno se marchó a su casa y Juani lo al palacio de los nobles que lo habian dejado invitado.

Lo recibieron con grandes muestras de alegria y para celebrar el éxito de sus hazañas dieron una gran fiesta en su honor, a la que fueron invitados nobles y plebeyos y le regalaron un hermoso anillo, en el que estaba grabado el agradecimiento de la pareja.

Cuando estaban en lo mejor de la fiesta, un mensajero llegó con la noticia de que Truenoseco, uno de los gigantes más crueles, enterado de la muerte de sus dos compañeros, venía decidido a vengarse de Juanillo, y que ya estaba muy cerca del castillo del caballero. Pero Juanillo tomó su espada y sin inmutarse dijo:

—Que venga. Aquí tengo un escarbadientes para que se limpie la boca. Ruego a las damas y caballeros, que hagan el favor de ir a pasear por el jardín para que contemplen la derrota y muerte de Truenoseco.

El castillo del caballero estaba rodeado de un foso muy ancho y profundo, sobre el que se tendía un puente levadizo. Juanillo ordenó a unos carpinteros que lo aserraran con finas sierras por ambos lados casi hasta la mitad. Luego se puso la casaca invisible y salió al encuentro del gigante, empuñando la espada que todo lo cortaba. Cuando ya llegaban cerca, aunque el gigante no podía

verlo, debido a la casaca mágica, sintió el olor de la carne joven del muchacho y gritó:

—¡Olor a un buen bistec, que pronto hasta los huesos masticaré!

—¿De veras? —dijo Juanillo—. ¡Por lo visto tienes en la boca muelas de molino!

—¿Eres tú el villano que mató a mis compadres? ¡Te destrozaré con mis dientes y reduciré tus huesos a polvo!

—¡Antes tendrás que agarrarme! —gritó Juanillo. Y quitándose la casaca invisible después de colocarse las zapatillas veloces, empezó a correr, siendo perseguido por Truenoseco.

Juanillo le hizo dar varias vueltas al castillo para que los invitados pudieran ver bien al monstruo. Luego, deseando terminar de una vez, atravesó el puente levadizo, adonde le siguió el gigante agitando su maza; pero al llegar a mitad del puente, como estaba aserrado por los dos lados, no pudo aguantar el peso de su enorme cuerpo y se rompió, y el gigante cayó al agua, ahogándose.

Después de permanecer con el caballero por algún tiempo, Juanillo reanudó su viaje en busca de nuevas aventuras. Atravesó montes y valles sin encontrar ninguna, hasta que llegó al pie de una montaña muy alta. Allí llamó a la puerta de una casita humilde y solitaria, y un anciano de cabeza blanca como la nieve salió a darle la bienvenida.

—Abuelito —dijo Juanillo—. ¿Quieres hospedar a un caminante que se ha extraviado en el camino?

—Con mucho gusto, hijito, mientras te resignes a las pocas comodidades que ofrece mi humilde casita.

Entró Juanillo y el anciano le dió por comida pan y fruta. Cuando hubo comido hasta saciar su hambre, el anciano le dijo:

—Hijo mío, sé que eres el famoso vencedor de gigantes. En la cima de esta montaña, hay un castillo encantado, donde vive el gigante Rocagrande, quien con la ayuda de un malvado brujo, se lleva al castillo a muchos caballeros para transformarlos en los más raros animales. Lamento especialmente la triste suerte de la hija de un duque, a la que arrebató por los aires en un carro tirado por dragones de fuego, teniéndola ahora convertida en una cierva. Muchos valientes han tratado de librarla del maleficio y libertar a la duquesita, que es como de tu edad, pero ninguno lo ha conseguido, porque dos feroces dragones que guardan la puerta del castillo, matan a todos los que se atreven a llegar hasta él; pero como tú, hijo mío, tienes valor y poderes verdaderamente mágicos, podrás llegar allí y leer en las puertas del castillo la fórmula para romper el encantamiento.

Juanillo prometió que al día siguiente, por la mañana, desharía

el encantamiento, aún a riesgo de su vida, y después de dormir profundamente unas horas, se vistió con la casaca invisible y se lanzó a la arriesgada empresa. Al llegar a la cima de la montaña, vió a los feroces dragones, pero pasó entre ellos sin que lo viesen, gracias a la casaca mágica. En la puerta del castillo encontró una trompeta de oro, junto a una inscripción que decía:

"Cuando se escuche el son vibrante
de esta trompeta, morirá el gigante".

Apenas leyó Juanillo estas palabras, tomó la trompeta y soplando con todas sus fuerzas, le arrancó un sonido estridente, tan poderoso, que las puertas se abrieron de par en par y hasta el castillo retembló. El gigante y el hechicero, sabiendo que había llegado el fin de su vida de maldades, temblaban de miedo sin atreverse a nada, Juanillo con su espada que todo lo cortaba, en un momento mató al gigante, y entonces un remolino de viento se llevó al hechicero, hasta estrellarlo en el fondo de la quebrada de la montaña. En seguida, todos los caballeros y hermosas damas que habían sido transformados en animales, recobraron su primitiva forma. Pero nadie era más bella que la maravillosa duquesita, quien rogó a Juanillo que la llevase hasta el palacio de su padre. Allí fueron recibidos con extraordinario júbilo, rogándole el duque al muchacho que se quedase con ellos para toda la vida. Juanillo, que se había prendado de la linda duquesita, aceptó quedarse y pidió que se dejase venir también a su anciano padre.

Años después, cuando Juanillo y la duquesita eran ya unos jóvenes hechos y derechos, el duque le dió a su hija en matrimonio, con gran regocijo de todo el reino. Por su parte, el rey le otorgó un vasto dominio donde los jóvenes esposos vivieron felices por todo el resto de su vida y sin que jamás se volviera a saber de gigante alguno.

F I N

Conserve este ejemplar de ALADINO,
que está numerado y le da oportunidad de ganar $ 50.000.- en premios

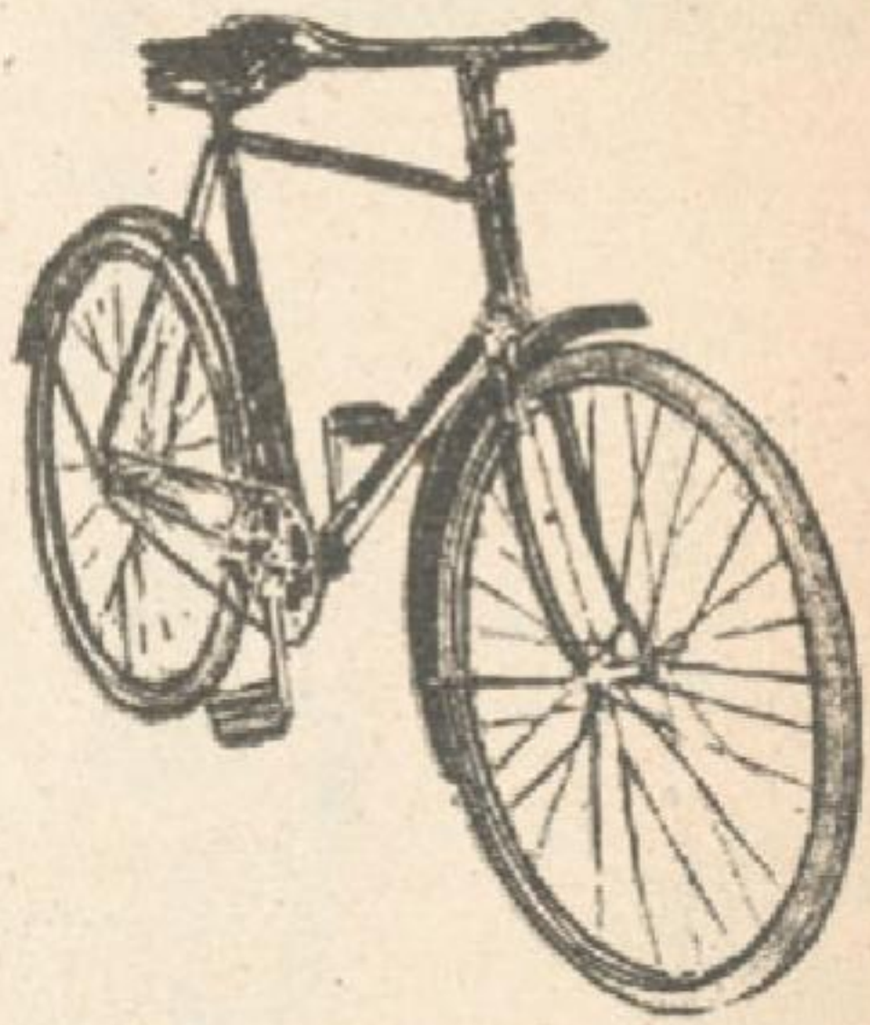
Concurso de Navidad

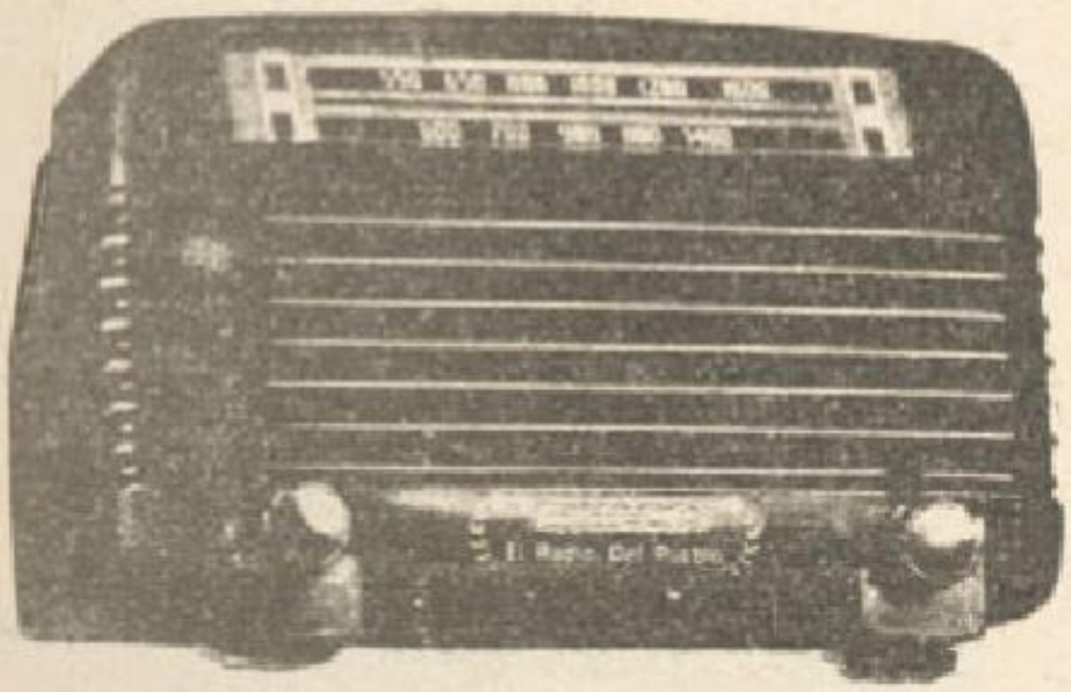
$ 50.000.- EN PREMIOS

¡NADA DE CUPONES!

ALADINO, de su lámpara maravillosa sacará hermosos y valiosos regalos para sus amiguitos en la próxima Navidad. Para esto ha organizado un grandioso concurso, en el que tomarán parte todos los lectores de esta revista, sin tener que hacer otra cosa que guardar los ejemplares de ella, coleccionándolos, a fin de conservar el **número** que lleva cada ALADINO.

Coincidiendo con el sorteo de Navidad de la Lotería de Concepción, ALADINO finalizará es-

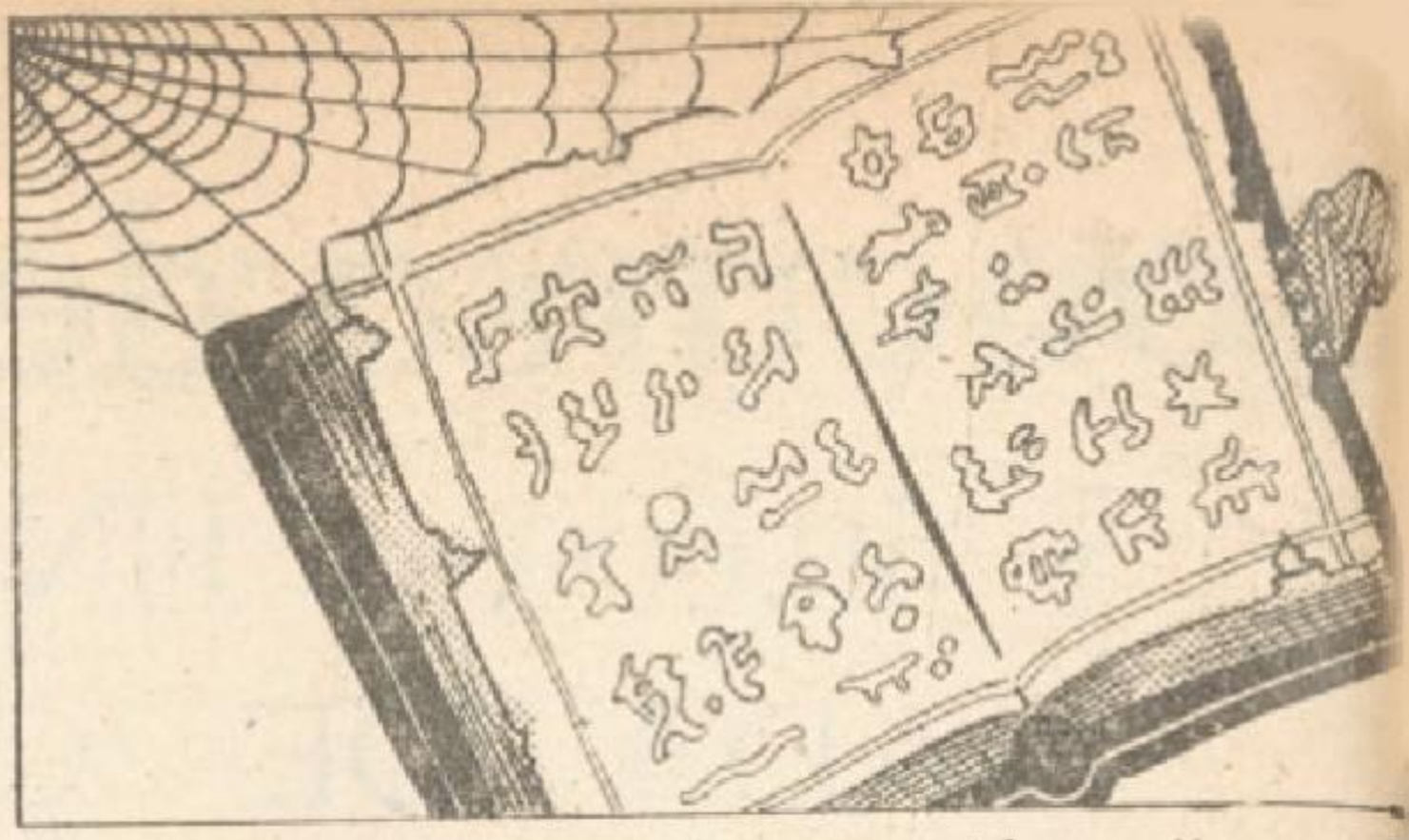




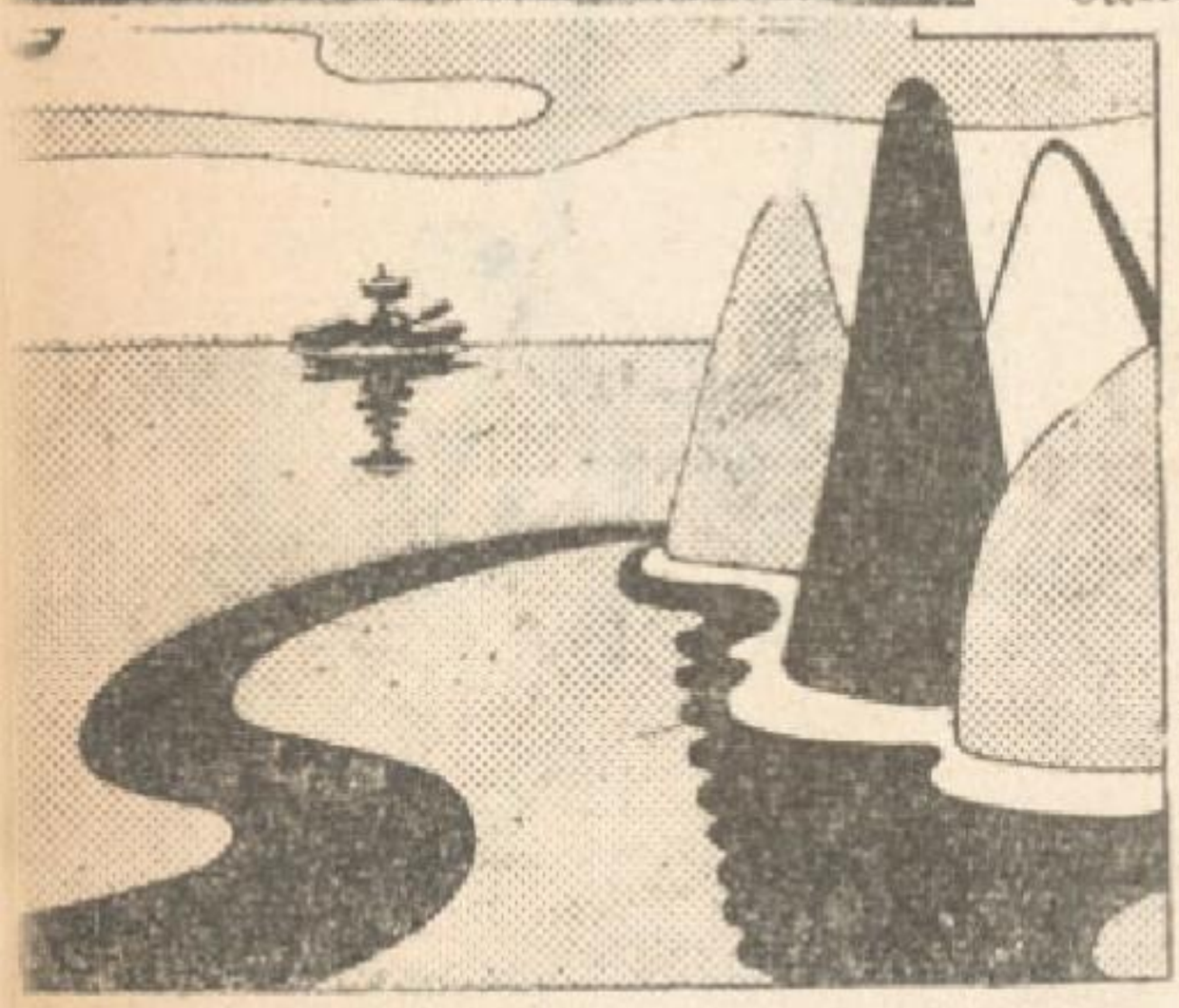
te gran concurso, siendo premiados los lectores que sean poseedores de ejemplares, debidamente coleccionados, cuyos números tengan las mismas cifras finales del premio mayor de la lotería.

Los ejemplares de ALADINO, que tengan las CINCO últimas cifras del "gordo", tendrán derecho a los premios consistentes en UNA BICICLETA y UN RECEPTOR DE RADIO. Fuera de los premios mayores habrá miles de premios en juguetes, libros de aventuras y cuentos, suscripciones a la revista, plumas fuentes, etc., para quienes posean "ALADINOS", cuyas terminaciones de 2, 3 y 4 cifras también coincidan con el "gordo".

Nº 20399



Este libro, amiguitos míos, no está escrito en ch
no, sino que en un viejo idioma de la selva ar
cana. En él se cuenta la divertida historia



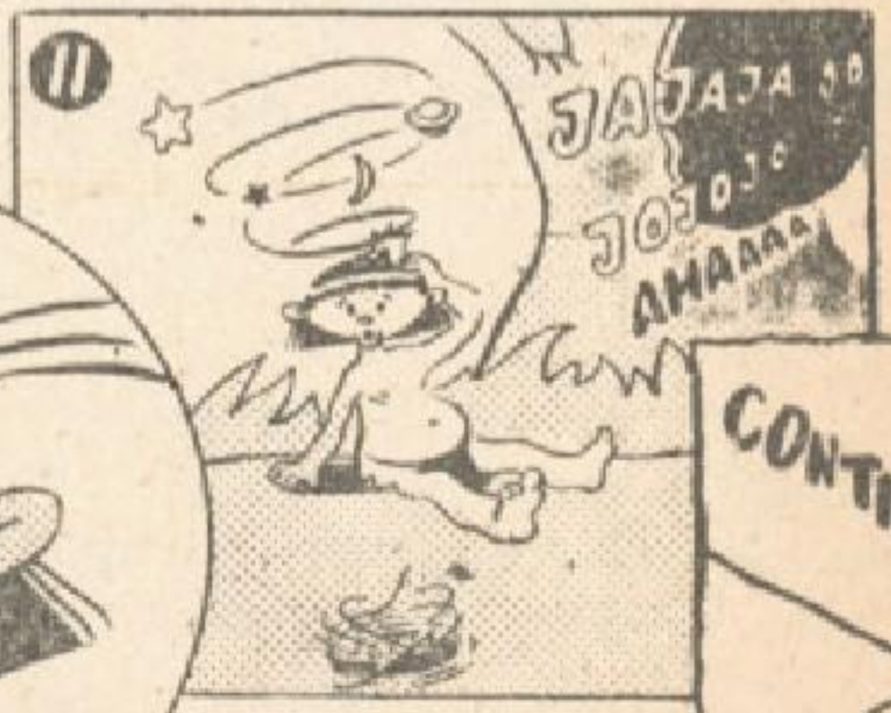
un indiecito llamado Mapuchín, que vivía con una curiosidad de conoce
mundo que le hacía verdaderas cosquillas en los pies... ¡Y veanos ah
cómo cuenta el propio Mapuchín sus aventuras! Tomé mis armas y mis c

y atravesé el lago en mi canoa. Al llegar a la otra orilla vi que el mud
no terminaba allí y emprendí la marcha a pie. Después de caminar todo
día, me senté en un tronco. Los pájaros diurnos pasaron a darme las b

las noches y los nocturnos encendieron la luna las estrellas y las luciérnagas, para comenzar a divertirse. Yo fuí invadido por el sueño y entre bostezo y bostezo, armé mi carpa, quedándome dormido como un trompo. Ignoraba que unos misteriosos ojos me observaban desde la espesura. Y a la mañana siguiente, al salir del baño, fresco como

un copihue, vi los ojos misteriosos que me miraban y me hacían guiños. Mayor fué mi sorpresa al oír una risa truculenta, como ja-

más la había escuchado. Esta no es conmigo —me dije, y decidí ver de qué se trataba. Pero pagué cara mi curiosidad.



ues, al asomarme al hueco del rbol, un objeto duro como un scacho rebotó en mi cabeza,

aturdiéndome completamente. Y cuando recobré el conocimiento...

EL SUPER CONDOR

POR CLEMENTE ANDRADE M.

ILUSTRACIONES DE CARO GIMENEZ

Cuando Danilo comenzó a contar lo que le había sucedido los apacibles pastores del Valle Tranquilo le escucharon estupefactos, sin perder una palabra:

—Yo estaba cuidando el ganado al pie de la montaña y había estado jugueteando con mi ternero regalón cuando fuí a llenar de agua mi botella de cuero al arroyo cercano. A mi regreso vi con espanto que un inmenso cóndor llevaba entre sus garras a mi regalón. En pocos momentos se puso fuera del alcance de mis disparos, deteniéndose en lo al-

to de la planicie rocosa. Yo estaba enfurecido, y sin pensar en el peligro, comencé a trepar en su busca. Al dar un traspié que casi me hizo caer al barranco, perdí mi arma de fuego, y sólo me quedó mi puñal. No pensé en el agudo oído de los cóndores, y antes que yo pudiera evitarlo, éste se abalanzó contra mí. Recibí un feroz golpe de sus alas, que me derribó. Me levanté de un salto y esgrimí mi puñal, pero mi atacante volvió a derribarme. Entonces, sentí cómo sus garras penetraban en mis carnes, a la vez que... ¡Oh!, sólo recuerdo que me desvanecí aterrorizado... Pero al abrir los ojos un momento después, vi algo que sobrepasaba a toda fantasía humana: ¡Un hombre, pero con alas como los cóndores, de gigantesca talla, había tomado al cóndor que me atacaba y lo había destrozado arrojándolo contra una roca! Luego me dijo:

—Nada temas, pastor del Valle Tranquilo. Soy amigo de los hombres buenos y justos: soy el SUPER-CONDOR... Te llevaré en mis brazos hasta mi Reino de Piedra, y allí curarán tus heridas. Me miró hondamente y sentí un pesado sopor que me hizo dormirme como un niño...

(CONTINUARA)

PILUCHO (EL

TU MADRE HA ENTRADO EN SU TERCER PERIODO DE CLUECQUERA Y TU SIGUES PEGADO A NOSOTROS

NO VUELVAS HASTA QUE NO SEAS UN GALLO Y NO UN ¡POBRE POLLO!

NEGRO PORVENIR
¡POBRE!

¿ Y AHORA, QUE ?

!
OYEEE

POBRE POLLO

SUPE QUE TE ECHARON DE CASA -TU NUNCA ME QUISISTE TRAGAR-TE AYUDARE'

FORMEMOS UNA SOCIEDAD -SE' COMO PUEDES GANAR $5.000.- EN UN MINUTO.

NO ERES CAPAZ?

$5.000

SI

$5.000 A QUIEN VENZA A GALLITO PUM

¡QUE COINCIDENCIA, AHI VIENE!

HIP

¿DONDE ESTOY?

HIP

¿Peleará el "Pobre Pollo" con Gallito Pum?

¡VEA EL OTRO EPISODIO LA PROXIMA SEMANA!

P.P.P. 1

LAS PANTERAS DE ARGEL

DE EMILIO SALGARÍ — ILUSTRACIONES DE CARO GIMENEZ

Una espléndida noche, frente a las costas italianas. una elegante chalupa que lucía una corona de barón, se deslizaba sobre las aguas bajo el impulso de doce remeros. La embarcación navegaba a la sombra de la costa, como ocultándose de los barcos que pudieran venir del sur.

Doce guerreros iban en la chalupa. A la popa, sentado en un rico cojin, se encontraba un arrogante joven de veinte años, cuyo rostro, porte y vestiduras reflejaban su noble alcurnia. A su lado, sentado en un banco, iba un extraño individuo. redondo como una bola, de nariz enrojecida. que revelaba que era un verdadero adorador del dios Baco, divinidad de los ebrios. Dirigiéndose a su joven amo, dijo:

—¿Se atreverán los argelinos a asaltar el castillo de doña Ida vuestra hermosa prometida, señor barón?

—¡No lo quisiera jamás, "Cabeza de Hierro"! Pero las noticia que tengo es que pretenden robar a la condesa y demoler su castil o.

Luego vieron en el mar una falúa que hacia señales luminosas ha cia la costa donde estaba el castillo. Las señales fueron contestadas d tierra, alarmando más a los tripulantes de la chalupa.

—¡Tenemos que apurarnos! —exclamó con ansiedad el joven—. ¡Eso argelinos tienen secuaces en tierra y no tardarán en asaltar el casti llo! ¡Las Panteras de Argel son terribles enemigos!

Entretanto, en el castillo de Santafiora la joven condesa Ida escu chaba a un moro berberisco que tocaba un instrumento de su tierra.

—Zuleik —dijo de pronto volviéndose hacia el moro—, ¿a quié crees que pertenezca esa falúa que se muestra hace tres noches sob

la playa? Me intranquiliza su presencia. ¿Serán piratas de tu raza?
—No o sé; no lo creo. Deben ser miserables pescadores.
—Sin embargo —dijo ella—, me parece que hacen señales luminosas.
—No he visto nada. señora.
—¿Qué tocas en tu instrumento, Zuleik?
—Una canción del desierto que me recuerda mi libertad perdida...
—¿Por qué no has huido, siendo que yo te dejo salir solo?
—Porque amo a una cristiana que vive en esta isla.
—Deliras. Zuleik. Aquí no hay más cristiana que yo.
—¡Tienes razón, condesa! ¡Mi cerebro delira! ¡No sé lo que digo!
En aquel mismo instante, gritaba la escolta de la torre: ¡A las armas!

(CONTINUARA)

MACUQUITO,

¡POR FIN TERMINÉ MI INVENTO!
1

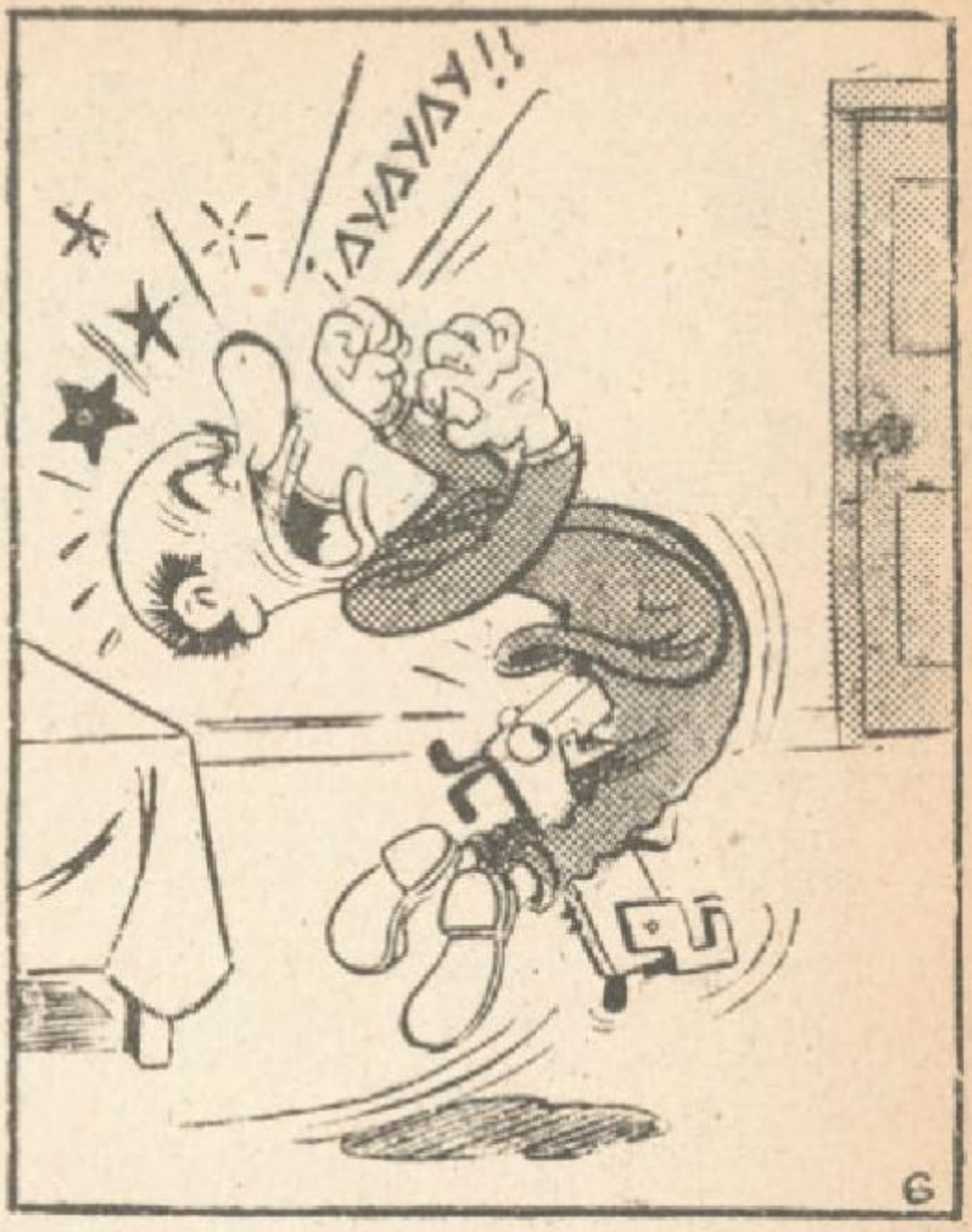
¡MIRA, PAPÁ, EL PERRO MECÁNICO QUE CONSTRUÍ!
¡OH, QUÉ MARAVILLA
2

¡APRETANDO ESTE BOTÓN SE PONE EN MOVIMIENTO! ¿VES?
¡CLIC
3

¡AHORA YO APRETARÉ ESTE OTRO BOTÓN!
¡NÓ PAPÁ! ¡NÓ LO TOQUES!
4

INVENTOR

por LUGOZE



Los Huérfanos del Circo

por Mencho

ESTA es la historia de un niño y una niña que siendo muy pequeños fueron secuestrados por unos facinerosos, quienes los vendieron a un mal empresario de circo. Pasados algunos años, el empresario, que se llamaba Pascual, se quejaba a los pícaros vendedores.

—Esos muchachos me están resultando un clavo. Hace ya años que los trajiste aqui, Rivanti, pero todavía no he sacado el dinero que te di por ellos.

—¿Qué no has sacado el dinero? —dijo el cínico Rivanti, agregando:— ¡Te quejas de puro mal agradecido! Tony y Luna son tus artistas que más cosechan aplausos y los que te cuestan más baratos, pues no gastas nada en ellos. Al fin y al cabo comen menos que cualquiera de tus leones o focas amaestrados y no ganan sueldo como los demás saltimbanquis.

El empresario hizo un gesto de impaciencia, se mordió la punta de uno de sus mostachos, y dijo:

—Rivanti, tú me dijiste que los chicos tenían familiares muy ricos, quienes estarían dispuestos a dar un buen rescate por ellos. Pero, ¿dónde están esos familiares?

—Ya aparecerán, Pascual, no seas impaciente.

—¡Pobre de ti, Rivanti, si me has mentido y sigues engañándome, pues tomaría una dura venganza en tu contra!

Rivanti sonrió sin mostrar temor ante las amenazas del empresario, y le respondió con cinismo:

—No me amenaces, Pascual. Recuerda que muchos empresarios de circo han muerto por una cuasualidad cualquiera. ¿Te acuerdas de Moret? Tuvo la mala suerte de quedar encerrado en la jaula del león Menelik y ¡pobre Moret!...

—Si alguien cae en la jaula de Menelik —dijo furioso el

empresario— no seré yo, sino que un despreciable mentiroso, que esa es la carne que les gusta a las fieras.

Luego de cruzarse miradas de odio, los hombres se separaron, y Rivanti entró en la carpa que le servia de alojamiento. Allí le esperaba Fanela, su mujer, tan pícara como él. Al verle entrar, ella le habló:

—Tienes mala cara, Rivanti, esta noche. ¿Qué te pasa? ¿Te ha regañado otra vez por los chiquillos?

—Sí, Fanela; ya me tiene aburrido. Me cree tan tonto, que si yo supiera quienes son los padres de los chiquillos se los iba a dejar a él para que obtuviese el rescate.

—Recuerda que cuando los robamos vestian muy buena ropa. Yo sigo creyendo que son hijos de gente muy rica. Y el carruaje en que estaban era de los que poseen los grandes señores.

—Es cierto, vieja, no hay que desmayar. Siempre me pregunto cuáles serán sus verdaderos nombres.

ad

Rivanti y su mujer recordaron la tarde de feria cuando vieron un lujoso coche, dentro del cual jugaban dos niños hermosos. Los facinerosos se miraron y viendo que el carruaje estaba sin cochero ni otras personas, treparon al pescante y azotaron a los caballos hasta llegar al pueblo de donde habían salido. Como el niño era de cabellos oscuros, tenía una gran viveza en los ojos y solía hacer divertidos movimientos, le llamaron Tony, recordando a un tony que ellos habían conocido en una comparsa de saltimbanquis. A la niña, que tenía los cabellos rubios y era blanca y pálida, la bautizaron con el nombre de Luna.

Aquella noche la función del circo del empresario Pascual había terminado y Tony y Luna estaban en la pequeña carpa que era su habitación y su camarín. El niño mostraba visibles huellas de fatiga y, sentándose sobre su baúl, dijo a su compañera:

—¡Por Dios que estoy cansado, Luna querida!

—¡Pobre Tony! —gimió ella—. La gente no se cansaba de aplaudirte esta noche y te veías obligado a seguir haciendo piruetas, pues bien sabías que el empresario estaba atento, mirando detrás de la cortina.

—Ya estoy harto de las maldades de Pascual y creo que un día de estos me escaparé del circo.

—¡Conmigo! ¿Verdad, Tony?

—Contigo, pues, Luna —contestó el niño, abrazando y besando en la cara a la niña—. ¿Dónde podría ir yo solo? ¿Acaso no eres mi hermana y mi compañera de peripecias?

—Sí, Tony, soy tu hermana y quiero serlo siempre, aunque Fanela dice que no somos hermanos.

—¿Eso dice? ¿Cuándo? ¡¡Dime! —preguntó con ansiedad el muchacho.

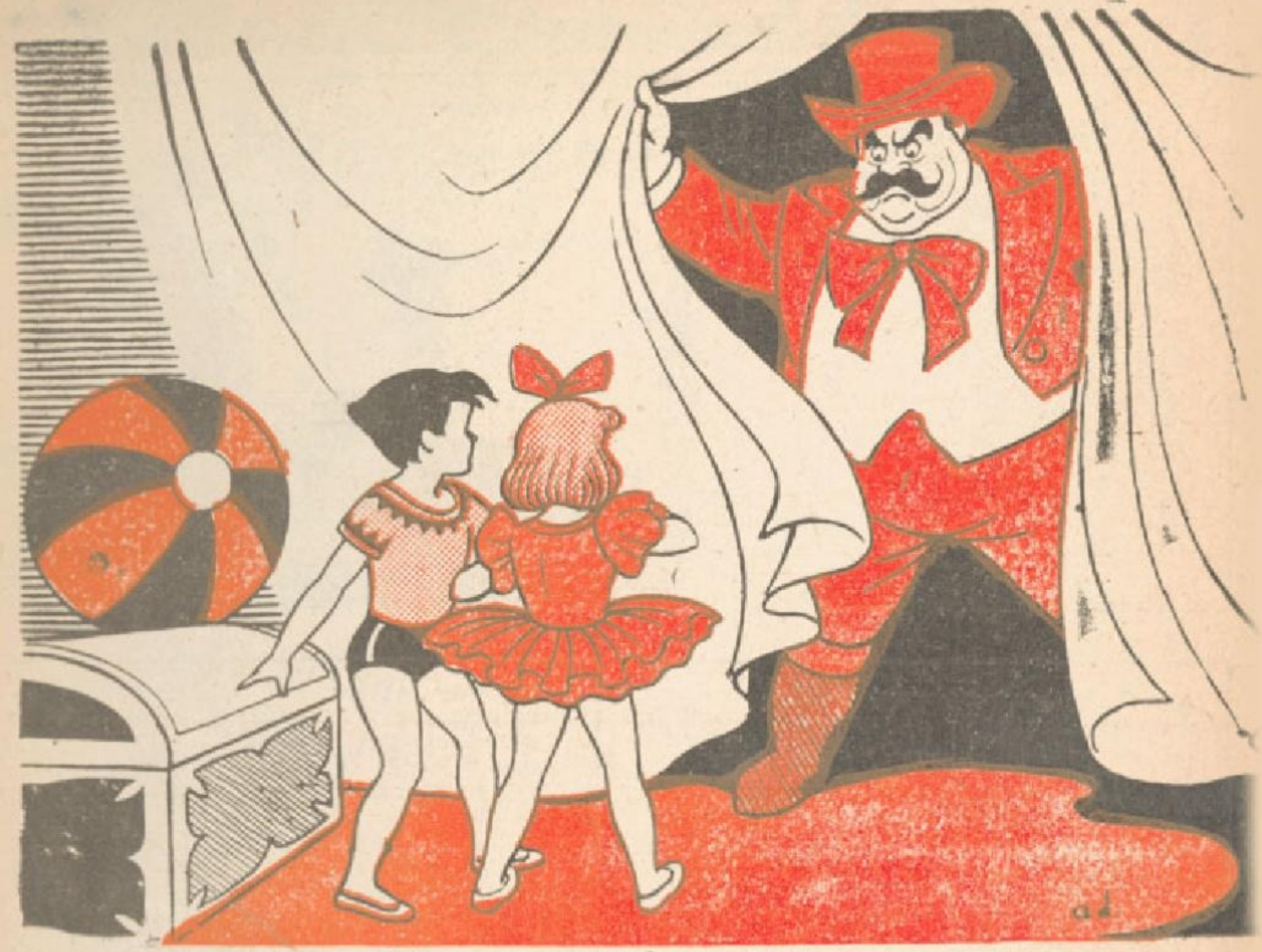
—Se lo decía ayer al fakir Omar. No pude oír más, porque se dieron cuenta de mi presencia y se callaron.

—¿Crees, Luna, que Fanela y Rivanti son nuestros parientes, como ellos nos lo han dicho siempre?

—No lo creo; son demasiado malos para ser de nuestra misma sangre.

Los niños callaron y se quedaron pensativos durante un largo rato. Luego Tony rompió el silencio.

—Algún día averiguaré la verdad sobre nosotros. Por ahor



estoy más interesado en que huyamos. No será hoy, pues estoy muy cansado y sólo quiero dormir.

—Tienes que comer algo antes de acostarte.

—¡Comer! —expresó con tristeza el niño—. Pascual me ha suspendido la ración de la noche, porque si engordo no podré pasar mi cuerpo por los anillos de acero en la nueva prueba que ha inventado para mí.

—¡Eso no puede ser! ¡Es una infamia! —gritó Luna—. Yo te daré la mitad de mi comida de esta noche!

—¡Calla! —dijo Tony, poniéndole la mano en la boca—. No grites así, que te pueden oir.

Tony no se habia equivocado, pues en ese momento apareció en la entrada de la carpa el maligno empresario, amenazante y empuñando el látigo.

(Continuará)

El TESORO del FANTASMA

POR TONY

TIEMPO ATRAS, HABIA UN REY MUY POBRE QUE VIVIA EN UN CASTILLO SOLO CON SU HIJO.
UN BUEN DIA LO HIZO LLAMAR Y LE DIJO:

HIJO MIO, TENGO QUE DECIRTE QUE SOMOS MUY POBRES, TAN POBRES QUE NO TENEMOS NI PARA PAGAR EL ARRIENDO DE ESTE MES.

¡CARAMBA!

ASÍ PUES, HAS DE SABER QUE PIENSO ENVIARTE EN BUSCA DE UN GRAN TESORO.

¡QUE OPTIMISTA ES UD. PADRE!, HOY DIA ES MUY DIFICIL ENCONTRAR UNA MILLONARIA...

¡PERO, PAPÁ, ESTOY MUY DEBIL Y DESVITAMINADO, EL DOCTOR ME RECETO DESCANSO!

¡BASTA DE COMENTARIOS, IRÁS EN SEGUIDA!

¡BASTA HE DICHO! HOY MISMO TE IRÁS Y YO TE PRESTARÉ MI BURRITO REAL, PARA QUE NO TENGAS QUE IR A PIE.

¿UN BURRO? ¡POR LO MENOS DEBIERAS CONSEGUIRME UN CADILLAC!

El TESORO del FANTASMA

por TONY

¡VIEJO PORFIADO DE MI TAITA! ¡QUE SE HABRÁ CREÍDO! YO TODO UN CABALLERO MONTADO EN UN BURRO Y BUSCANDO UN TESORO FABULOSO... ¿CREERÁ QUE LOS TESOROS ESTÁN BOTADOS?

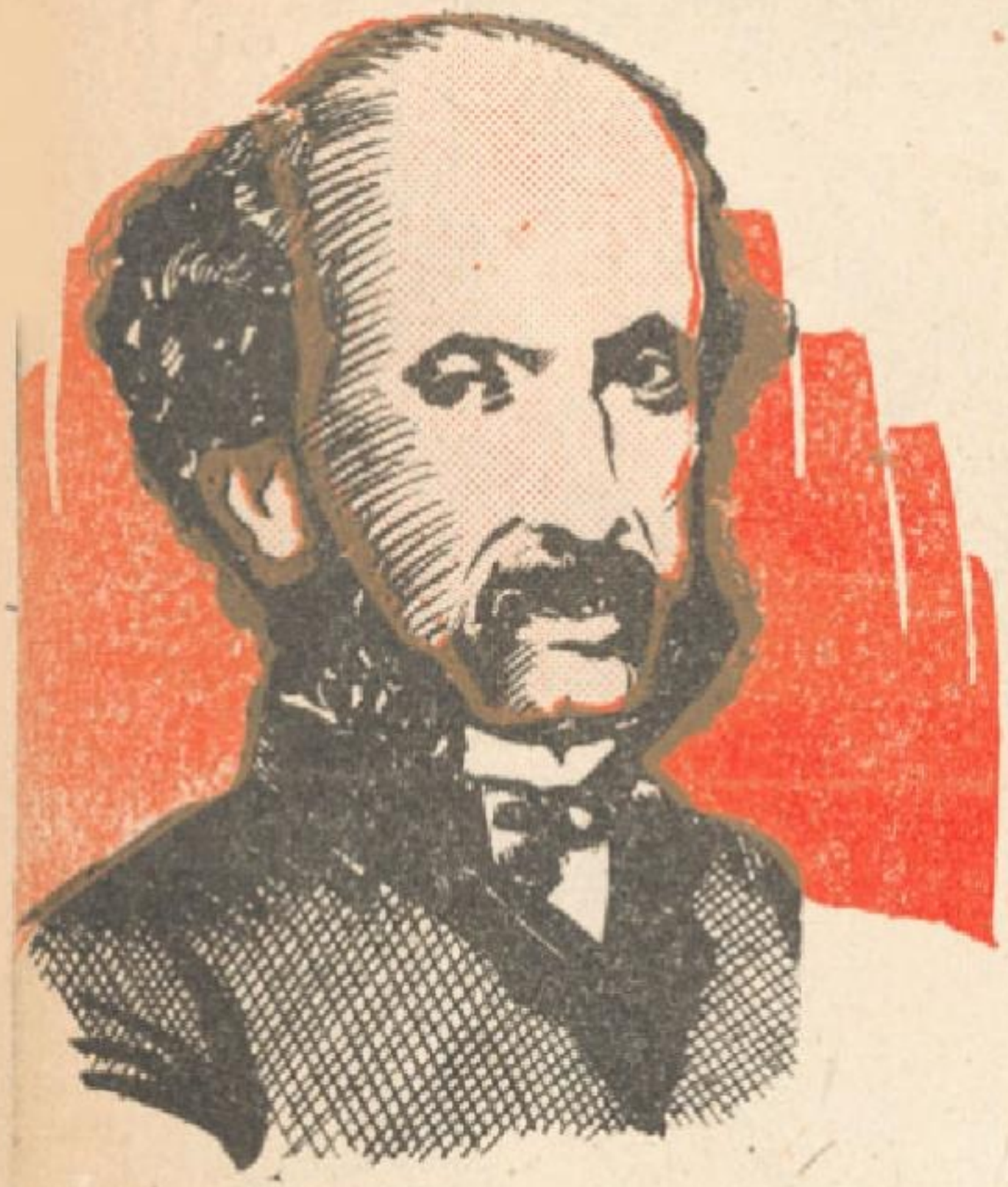
¡OH, AHÍ VEO UN VIEJITO! LE HABLARÉ. ¡SEGURO A LO MEJOR SABE DONDE HAY UN TESORO ESCONDIDO.

¡EH, VIEJO! DIME, ¿SABES ALGO SOBRE UN TESORO ESCONDIDO?

YO NO, PATRON. PERO A LO MEJOR JOHN EL MARINO SABE ALGO. EL ES ESPECIALISTA EN TESOROS.

¿QUIEN ES ESTE JOHN EL MARINO? ¿DIRÁ LA VERDAD EL VIEJITO? ¿SERÁ CIERTO QUE JOHN SABE ALGO?

CUANDO PÉREZ ROSALES ERA NIÑO...



VICENTE Pérez Rosales, autor del famoso libro "Recuerdos del pasado", donde cuenta sus andanzas y hazañas de hombre aventurero y de acción, nació en Santiago el año de 1807.

Cuando la libertad de Chile fué asegurada el niño Pérez Rosales estuvo presente en los festejos celebrados en su casa con asistencia de O'Higgins, San Martín y demás triunfadores

Más adelante, su madre lo confió a un marino inglés para que lo educara en la vida del mar. Pero Vicente no se sometió a la rígida disciplina militar y el inglés lo desembarcó en Río de Janeiro, abandonándolo a su suerte. Como pudo, volvió a Chile Después viajó a Francia, educándose en París. De regreso, hecho un hombre, se dedicó al comercio de animales debiendo cruzar la cordillera de los Andes por mil partes, desafiando toda clase de peligros, el hambre y el frío. Luego, como muchos otros chilenos, fué a California, donde se habían descubierto fantásticos yacimientos de oro. De vuelta de esta aventura, en la que se jugó varias veces la vida, comenzó su más notable misión: colonizar el Sur de Chile, que era una zona de selvas impenetrables. Pero la tenacidad de Pérez Rosales convirtió ese infierno verde en progresistas pueblos de colonos alemanes.

Hoy día las provincias de nuestra región austral constituyen un orgullo para el país, tanto por su laboriosidad como por el atractivo que tienen como centro de turismo, que se debe a la hermosura de sus lagos y volcanes.

Imp. Apolo.—Huérfanos 611 - 5 - VIII 194